

ALFONSO REYES, EL CONVERSADOR

Jorge Monteleone
Universidad de Buenos Aires – C.O.N.I.C.E.T.

En 1909 Alfonso Reyes tenía veinte años. El dato no es relevante para las primicias de un cuerpo joven, que todavía atraviesa el tiempo con cierta incuria: casi todo su pasado es la infancia y la historia apenas reveló sus catástrofes. Sin embargo, al joven Reyes otra gravedad lo arrojaba a una dimensión imprevista: el lenguaje, la posesión del lenguaje. A los veinte años, las palabras asediaban a Alfonso Reyes en el vértigo de una escritura que, ya entonces, era asombrosamente perfecta.

Entre otras, hubo una tarde de julio de 1908 o de 1909 en la que Reyes, mientras escribía, asistió a un episodio epifánico referido en un breve ensayo que dio en llamar “La evocación de la lluvia”.¹ Sí: una epifanía de Reyes. Imaginemos al joven escritor ensimismado en su cuarto de trabajo. Se hallaba en la azotea de una casa, en cuyo piso principal estaba el estudio de su hermano Rodolfo. Ese cuarto, al que se llegaba utilizando una escalera nada confortable y desde el cual se divisaban las torres de la catedral y las azoteas vecinas, parece una metáfora precaria y material de la escritura misma. La escritura como un

¹ Alfonso Reyes, “La conquista de la libertad”, en *El suicida, Obras Completas*, III, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 259-260. El texto es la tercera parte del artículo. En nota al pie, Reyes aclara: “Se aprovecha y refunde un artículo de igual título que data de México, julio de 1909, y publicado en la revista *Nosotros* (de los alumnos de la Escuela Normal para Maestros, nº 1, México, diciembre de 1912)”. La primera edición de *El suicida* data de 1917.

cuarto en la azotea: suspendida en una especie de aislamiento flotante sobre el mundo real que favorece, a la vez, tanto el alejamiento como una mirada única, particular y desacostumbrada. Allí escribe el joven Reyes, en lo más alto de la casa del número 1 de la Avenida de Isabel la Católica.² La escritura prolongada lo sustrae del tiempo: porque esa suspensión física del espacio es, sobre todo, una suspensión del tiempo, donde el cuerpo mortal, sometido al suceder, parece ausentarse como tal en favor del decurso autónomo de las ideas. Como si en el ritmo de la escritura se conformara una fluencia, una deriva lenta que sólo fuera el deslizarse desencarnado de un pensamiento. De pronto, Reyes cobra “conciencia de la vida real”. Ese hecho instantáneo, semejante a un despertar que es, también, un *recordarse*, lleva consigo el lastre reciente de una reminiscencia que delata un mundo al alcance. “Mientras buscaba mis vocablos –escribe Reyes– y oía, interiormente, las frases que se iban ordenando y cambiando hasta salir por la pluma luego que sonaban a cosa viva, por sobre mi mentalidad en ejercicio (...) –a mí me invadía la impresión de una lluvia fina”.³ El episodio es oscuro, pero tanto como una invocación eficaz: oscuro como la apelación de la magia. En el inicio del ensayo Reyes recuerda el pedido de la lluvia y el sol que los antiguos hacían a sus dioses labradores, la plegaria para obtener los frutos, los ritos sagrados de la primavera. Allí el lenguaje es incantatorio y místico. Escribe Reyes: “hacían bajar a través de su pensamiento, y desde la divinidad, las cosas de la tierra, realizando el prodigio de encarnar sus propias ideas y utilizarlas diariamente aun para la alimentación y el vestido”.⁴

Ese hecho mágico, por el cual un dios habita el lenguaje y el lenguaje produce un hecho en el mundo a través de los hombres, tiene,

² Alfonso Reyes apunta estos datos en el artículo “El revés de un párrafo”, donde analiza los contenidos del primer párrafo de “La evocación de la lluvia” al vincularlos con sus diversos contextos.

El artículo data de 1940 y corresponde al volumen *La experiencia literaria* (Buenos Aires, Losada, 1969), pp. 119-126.

³ Alfonso Reyes, “La evocación de la lluvia”, ob. cit., p. 260.

⁴ Idem, p. 259.

misteriosamente, lugar. Ese rumor de lluvia se oye en la escritura, como si el rasguído concreto y casi imperceptible de la escritura sobre el papel amplificara los ecos de los ecos de las galerías interiores y se volviera *lluvia*, como si la palabra arrebatara el pensamiento en una delgada multiplicación de llovizna sobre el blanco arenoso de la hoja, como si el signo escrito fuera súbitamente una orden y una presencia, una lluvia que moja el enorme mundo reseco. Escribe Reyes: “Mi escrito escurría de la pluma, afinado en el sentimiento de una lluvia fina de cristal. Cuando levanté los ojos cansados, pude notar que, tras los vidrios de la ventana, monótona y callada, obediente a mi pensamiento, ya había bañado las calles y temblaba en el aire una fina lluvia de cristal”.⁵

Hay aquí una concepción de la escritura que Reyes mantendrá, si bien de un modo más complejo pero conservando sus líneas básicas, a lo largo del tiempo. Para Reyes, la escritura no sólo no precede a la voz, sino que es concebida como un accidente del lenguaje, que pudo o no haber sido: “el lenguaje existe sin ella”, escribió hacia 1941 en el ensayo “Hermes o de la comunicación humana”.⁶ Pero admite, a la vez, que la escritura es una fijación de la fluidez lingüística y en consecuencia interviene en todos los procesos que fundan la civilización, tal como la entendemos en nuestra cultura. Aunque Reyes acepta el vínculo simbólico que la escritura teje entre el lenguaje y el mundo, en cambio no deja de subrayar la ambigüedad de los lazos entre la escritura y la subjetividad. Ello deriva del modelo lingüístico de Reyes. Ese modelo es expresivo y, en consecuencia, supone una interioridad de la conciencia. Es decir, el lenguaje sería expresión de un sujeto, de tal modo que algo interior, del orden subjetivo, se exterioriza en un afuera, pues siempre habría un interioridad subjetiva expresable. Sin embargo, la relación entre conciencia y lenguaje no es unívoca y padece un desajuste que parece acentuarse según la mayor o menor intermediación de los medios materiales de transmisión: la voz o la escritura. En tal sentido, Alfonso Reyes adhería a la concepción por la cual el sujeto se halla presente de

⁵ Idem, p. 261.

⁶ Recopilado en *La experiencia literaria*, ob. cit., pp. 9-40.

un modo mucho más efectivo en el lenguaje hablado antes que en el escrito. Para Reyes, entre voz y escritura no sólo habría una diferencia de grado (la escritura como signo del lenguaje hablado es jerárquicamente posterior) sino de eficacia en el modo de transmisión (la escritura expresa de un modo menos directo la interioridad). La voz revelaría una presencia inmediata del sujeto: en la voz el lenguaje articulado se humedece con el agua pura de la subjetividad. Esa presencia se reseca notoriamente en el lenguaje escrito. Por cierto, Alfonso Reyes sostiene esta concepción, de origen fenomenológico, desde su primer libro, *Cuestiones estéticas*.⁷ En 1909 escribía: “El lenguaje escrito es signo del lenguaje hablado, y éste sirve para expresar nuestras percepciones de las cosas. Y bien: las cosas son incognoscibles, las ideas vagas, continuamente fugaces, las palabras estrechas e inadecuadas, y la escritura defectuosa. Es decir: que el escritor posee solamente un medio torpe y viciado, manifestación de vicios anteriores; porque las ideas no son ya las cosas, las palabras no son las ideas, y la palabra escrita no es, ni con mucho, la palabra hablada”.⁸

Y sin embargo, la lluvia evocada en la escritura y entrevista en la conciencia íntima tuvo lugar en el mundo, desde un lazo unitivo que repetía, siquiera como ilusión, una aurora originaria de lenguaje. Pero ese malentendido entre la conciencia y la voz, esa grieta entre lenguaje y mundo son, casi siempre, insalvables. Reyes lo sostenía, al punto de percibir en esa experiencia evocadora de la lluvia un hecho raro y extraordinario: no sólo lo relata una vez, sino que lo analiza treinta años más tarde, como ya señalé, en el capítulo “El revés de un párrafo”, de *La experiencia literaria*. Ese hecho es el punto culminante del lenguaje y el momento extático de una escritura, como si la palabra fuera una inagotable fluencia de realización y se abriera en un virtual murmullo

⁷ Para una descripción y una crítica de la concepción fenomenológica del lenguaje, puede consultarse: Jacques Derrida, *La voz y el fenómeno*. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl, Valencia, Pre-textos, 1985.

⁸ El fragmento corresponde a un ensayo recopilado en *Cuestiones estéticas*: “Sobre el procedimiento ideológico en Mallarmé” (en Alfonso Reyes, *Obras Completas*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 89) al que aludiré más adelante.

que nos rodeara como una corona de agua: nada cuesta vincular ese murmullo que potencia la escritura con el rumor fino de la lluvia.

El problema de la escritura ya era planteado por Alfonso Reyes, por tomar un ejemplo central de sus intereses, en la temprana lectura de Mallarmé, que podemos imaginar muy cercana al episodio de la evocación de la lluvia: su artículo “Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé” data de octubre de 1909. Como el relato del episodio mencionado, más de treinta años después, Alfonso Reyes retoma ese primer ensayo sobre Mallarmé y lo cita textualmente en su artículo “Meditación sobre Mallarmé”, que data de 1942.⁹ En ese lapso la concepción del lenguaje se mantiene. De hecho, en el ensayo de 1942 Reyes suscribe las nociones de 1909 de este modo: “Entonces me decía yo: –El mundo en sí no es ya nuestra representación. Nuestra representación –sensorial, emotiva, ideológica– sólo queda imperfectamente traducida en la palabra interior. La palabra interior todavía padece un desmedro al convertirse en palabra viva, hablada. Y ésta, finalmente, deja de serlo cuando se deja clavar en la palabra escrita”.¹⁰

Pero entre uno y otro artículo hay una diferencia, yo diría un incremento. En el texto de 1909 Reyes declara que la enorme, imposible aventura estética de Mallarmé consistía en lo que llamaba “la estética de la expresión”. Es decir, la concreción de la interioridad mediante la forma artística y el lenguaje escrito. De tal modo que la escritura poética, mediante una compleja trama gramatical, hallazgos léxicos, elipsis, variados ritmos, se transforma en otra cosa: reduce el hiato entre subjetividad y palabra y, en lugar de traducir de un modo imperfecto lo real e imitar vicariamente el mundo, produce un sentimiento del objeto. Un mundo “otro” con fondo de mundo. Diría que precisamente ese acto poético es el que describe, desde la sumaria experiencia personal, el episodio de la evocación de la lluvia. En el

⁹ El ensayo es recopilado en: Alfonso Reyes, *Ancorajes*, México, Tenzontle, 1951, pp. 34-39.

¹⁰ *Idem*, p. 35.

artículo de 1942, Reyes asume la profesión de fe que insinuaba en 1909. Escribe:

Cuando hace más de treinta años comencé a ocuparme de Mallarmé, mi interpretación, como demasiado juvenil, cargaba los tintes patéticos, y el sentimiento de la tortura técnica dominaba sobre el gozo de los frutos logrados. ¿Por qué no trasladar ahora el acento? (...) Creo haber puesto el índice -demasiado ligeramente por desgracia- en el punto más malicioso del problema (aquél por el cual Mallarmé comienza de veras a ser mago), al asegurar que tan vasto empeño, con ser en apariencia un mero esfuerzo lingüístico, “supone por sí la solución de muchos y más profundos problemas, y acaso el de la soñada correspondencia cabal entre las cosas y la voluntad teórica”. De aquí a concebir que el poeta logre deshacer un cielo de nubes al decir la palabra “sol”, como en un conjuro, o a rasgar las cataratas del cielo al decir la palabra “lluvia”, sólo hay un paso: un paso eterno. A Mallarmé le hubiera seducido arriesgarlo.¹¹

Treinta años después Reyes celebra ese riesgo de la escritura, el intento por dar un paso infinito, el paso del poeta cuya derrota anticipada es ya una forma de la belleza, el paso de los labradores antiguos que invocan la lluvia. Reyes lo entrevió en ese cielo rasgado en la conciencia que se abre al cielo real cuando pensaba, murmuraba, escribía la palabra *lluvia* en una tarde de 1909. Lo entrevió, pero eso no solucionaba el problema que planteaba la escritura y que no cesaba de reiterar. Entonces, al pensar en el problema que plantea Reyes sería legítimo preguntarse: ¿de qué modo un hombre que consideraba la escritura como una frágil y desdibujada representación de la subjetividad y una ambigua objetivación del mundo, podía restituir esa carencia? ¿dónde hallaba la fuerza un hombre que escribió un orbe literario? Sospecho que el temprano interés por Mallarmé se debe en buena parte a que Reyes advirtió un modo posible de restaurar, siquiera como intento, tanto lo que llamaba “la soñada correspondencia cabal entre las cosas y la voluntad teórica”, como la transparente expresión de la interioridad en el lenguaje. Reyes sostuvo que mediante la cacería de la palabra escrita, en un repentino fulgor del azar –acaso durante una tarde casual de verano o en un mortal día cualquiera como una

¹¹ Idem, pp. 36-37.

fantasmagoría que de pronto asaltara el mundo— la Creación sería producida por el Logos. Y sospecho además que Reyes, aun interesado por Mallarmé, intentó otro camino, si se quiere, opuesto, para resolver el problema de la escritura.

Volvamos de nuevo a una de sus tantas declaraciones sobre el lenguaje escrito, donde podríamos hallar una clave. Esto escribe en el ensayo “Sobre un decir de Bernard Shaw”: “La palabra escrita es signo de la palabra hablada y (...) sólo se escribe para guardar, como un cofre de sonidos, lo que ha de ser hablado”.¹² Mi hipótesis es que Reyes procuró invertir los términos y alcanzar en el lenguaje escrito la primacía del habla, aquello mismo que Borges también buscó en los años veinte: un tono conversado. “Yo quisiera guardar en un libro – escribí el joven Alfonso Reyes– lo más granado y florido de la buena charla popular, pero no de la mera imaginación”.¹³ Es decir, Reyes procuraba otro riesgo, tan aventurado como el de Mallarmé, pero acaso en sus antípodas: alcanzar en la expresión escrita la presencia de la subjetividad mediante su aproximación más íntima, que era, según su creencia, la del lenguaje hablado. Y además reunir, en el lenguaje otro de la expresión literaria, el núcleo inmediato, vital y luminoso de la comunicación diaria. De algún modo, Reyes iniciaba otro camino que abría, con el diálogo comunicativo, el hermético monólogo del poema mallarmeano. El núcleo estilístico de la prosa de Reyes, como aspiración, como deber-ser, radicaría en provocar un residuo de oralidad y un efecto de conversación.

La preocupación de Reyes por el habla puede rastrearse en numerosas manifestaciones. Citaré algunas. Por ejemplo, su continua reflexión sobre los refranes, los dichos populares, las frases hechas de uso corriente, las expresiones coloquiales. Puede rastrearse, por ejemplo, en dos páginas de *Calendario*, aparecido en Madrid hacia 1924. Una se llama “Tópicos de café”. Leo un fragmento:

¹² Recopilado en *Cuestiones estéticas*, ed. cit., p. 144.

¹³ “De los proverbios y sentencias vulgares”, en *Cuestiones estéticas*, ed. cit., p. 162

–¡Hola!
–¡Hola!
–¿Y qué?
–Pues na.
–¿Y aquello?
–Toma! Pues aquello... Así, así, nada más.
–Hombre!
–Pues claro!
–Pero, ¿y la cosa esa?
–Vamos! Quitá allá!
–Es que...
–Quiá, hombre!
–Anda! ¿Y éste? ¿Que se ha figurao?
–Bueno, hombre, bueno!
–Pues, hombre!

(Da capo)

*Así a veces, durante varias horas: vagas alusiones en torno a una realidad que escapa a la mente misma de los que quisieran asirla. Una tenuísima corriente de evocaciones pasa cosquilleando el espíritu. No se define nada. Precisar, duele. –Oh voluptuosidad! Rueda, por las terrazas de Alcalá –calle arriba, calle abajo–, un vago rumor de almas en limbo.*¹⁴

En la página siguiente, “El consuelo”, escribe Reyes: “Hay gente humilde para quien la única riqueza es casi el don de la palabra(...). Sencillos, resultan retóricos por naturaleza; ignorantes, aprenden sabiduría a fuerza de oír, de ver y de hablar. Son maestros de la narración. Elocuencia verdadera, no buscada, como la suya, pocos escritores la alcanzan”.¹⁵ Esa elocuencia verdadera buscaba Reyes para la escritura. Desde siempre lo obsesionó el tema popular de los refranes, los apólogos, las coplas, las anécdotas y sus apariciones innumerables. Sistematizó esas obsesiones en varios textos, como el extenso capítulo “Marsyas o del tema popular”, de *La expresión literaria*.¹⁶ Pero atendió también al momento en que el lenguaje diario se desvía hacia un

¹⁴ Corresponde a la sección “Tiempo de Madrid” de *Calendario*, recopilado en: Alfonso Reyes, *Obras Completas*, II, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 278

¹⁵ *Idem*, p. 280.

¹⁶ *Ob. cit.*, pp. 41-72.

inesperado creacionismo, ese instante crucial donde el sinsentido evoca otra cosa, surreal, que aparece de pronto, como un rayo de risa, en el medio de la vida creíble. Reyes acechaba la frase absurda. Por ejemplo, escribe: “Por la calle han pasado dos señoras, charlando. La más joven dice a la más vieja: –Cambian los colores, cambia todo; pero lo que queda siempre es el azul marino”.¹⁷ Y Reyes no sólo exploraba la frase imposible, sino también el corazón del absurdo en el sonido, el tesoro de un habla enloquecida en los signos orales que no llegan a palabra, en la onomatopeya, en las interjecciones, los ensalmos, las cantilenas: es decir, todo aquello que representan las jitanjáforas, sobre las que volvió una y otra vez. Su erudición en el tema era abrumadora. En el capítulo “Las jitanjáforas” de *La expresión literaria*, las citas van de las canciones anónimas y el enigmático verso de Dante “*Pape Satan, pape Satan, aleppe*” hasta la tradición en la que se inscribe aquello que Charlie Chaplin canta en el film *Tiempos Modernos*, y que Reyes llama un simili-italiano, aunque más bien parece un habla babélica:

La spinach or lo tuko
Gigeretto toto torlo
E rusho spagaletto
Je le tu le tu le twaa.
La der la ser pawnbroker
Luser seprer how mucher
E ses confees a potcha
Ponka walla ponka waa.
Señora ce le tima
Voulez-vous le taximetre
Le jonta tu la zita
*Je le tu le tu le twaa.*¹⁸

En fin, el ensayo “De la lengua vulgar” que aparece en *El cazador* (Madrid, 1921), es un verdadero manifiesto que, por cierto, está escrito en forma de diálogo. En esa defensa razonada aunque no exenta de ironía, que hace del habla vulgar como matriz dinámica y

¹⁷ Alfonso Reyes, *Obras Completas*, II, ed. cit., p. 324.

¹⁸ Ob. cit., p. 216.

transformadora del lenguaje, Alfonso Reyes apunta un ideal de la escritura que, de hecho, alcanzaría el objetivo de la escritura mallarmiana: la expresión directa de un alma. Escribe Reyes:

*El vulgo es dueño de la realidad. Los cultos lo son de la irrealidad. Las palabras del vulgo tienen significación individualísima, aunque en un sentido más filosófico sea cierto que lo individual no tiene nombre en el lenguaje: ésta es, justamente, su imperfección. Pues ¿qué más querría el estilista que usar de palabras individuales? Cercanas a este arquetipo, las hay abundantes en el habla vulgar; y son excelentes por lo mismo que suponen una percepción más minuciosa de los objetos. Y si es verdad que el lenguaje trata de verter la experiencia total del alma....*¹⁹

Pero no sólo Alfonso Reyes se preocupa teóricamente de la oralidad, sino que provoca su efecto en la escritura. Al leerlo, tenemos la vaga sensación de una grata compañía. Su aparato conceptual se tamiza con guiños, con expectativas, con confesiones, con rodeos. Pero además, como pocos escritores, Reyes se dispersa en artículos numerosos acerca de minucias, donde el objeto es la elocución misma, como una frase oída al pasar que nos dejara la huella de un tesoro fónico. Cuando leemos a Alfonso Reyes sentimos que la escritura se convierte en la afición material de un conversador. Cuando Reyes conversa, su escritura alienta.

Al situar la oralidad y el dialogismo como centros irradiantes del estilo escrito, Alfonso Reyes procura salvar el hiato, la grieta insalvable a la que alude en su concepción general del lenguaje.

Lo que restituye con plena conciencia, acaso en la misma época en la que Mijail Bajtin lo pensaba, es la presencia del Otro en el enunciado lingüístico propio. Aquello que exploró la teoría literaria de la segunda mitad del siglo veinte: el lenguaje como hecho social, la comunidad de lectores, la pragmática. En su continua cacería de vocablos, Reyes busca apelar al otro, incluirlo en una comunión oral que lo acerca en el tono conversado, aunque fuera una invención del estilo. De algún modo insiste en aquello que hacia la década del cincuenta formulaba Blanchot:

¹⁹ Alfonso Reyes, *El cazador*, recopilado en *Obras Completas*, III, ed. cit., p. 149.

“El escritor ya es la intimidad naciente del lector aún infinitamente futuro”²⁰

Permítanme fantasear acerca de aquella lluvia de 1909 o, mejor, acerca de aquel rumor de lluvia fina. Ese rumor que se acercaba en la interioridad del joven escritor ensimismado, que tomaba cuerpo sonoro en el cuarto de la azotea mientras escribía y que poco a poco aparecía en el mundo, múltiple, multiplicado, somos *nosotros*.

Por un lado, la lengua que Reyes escuchaba en la imaginación de los antepasados. En *Visión de Anáhuac* Reyes aludía a las conversaciones, la charla, el habla popular que los conquistadores españoles habrían oído en Tenochtitlán hacia 1519. La audiencia pudo recuperar, esa tarde, la golosa pronunciación de Reyes al mentar los sonidos del lenguaje indígena. Reza ese fragmento de *Visión de Anáhuac*:

*El pueblo va y viene por la orilla de los canales, comprando el agua dulce que ha de beber: pasan de unos brazos a otros las rojas vasijas. Vagan por los lugares públicos personas trabajadoras y maestros de oficio, esperando quien los alquile por sus jornales. Las conversaciones se animan sin gritería: finos oídos tiene la raza, y, a veces, se habla en secreto. Oyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de aguamiel.*²¹

Por otro lado acaso somos también nosotros los que hablamos: sus lectores futuros. Un rumor de lengua americana por venir, un rumor de lluvia acercada: somos el rumor hablado y el rumor que escucha y el humor que repite a Alfonso Reyes, un mar de lectores futuros en el rumor continuo de la lluvia prevista, las voces de la lluvia, el rumor. En esa conversación estamos.

Versión digital: www.celarg.org

²⁰ Maurice Blanchot, *El espacio literario*, 1992, p. 188.

²¹ Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac*, en *Obras Completas*, II, ed. cit., p. 18.